

EL SALVADOR: LOS RIESGOS DEL EVANGELIO

Iglesia y violencia política

"Es peligroso ser cristiano en nuestro medio! ¡Es peligroso ser verdaderamente católico! Prácticamente es ilegal ser cristiano auténtico en nuestro medio, en nuestro país. Porque necesariamente el mundo que nos rodea está fundado radicalmente en un desorden establecido, ante el que la mera proclamación del Evangelio es subversiva". (Tomado de la última homilía del Padre Rutillo Grande, jesuita, algunos días antes de su asesinato).

Podría parecer fácil hablar de los mártires recientes de la Iglesia Latinoamericana. Están todos los datos, accesibles en los periódicos y revistas especializadas, puestos a nuestra disposición por nuestras bibliotecas tan bien provistas. Basta recogerlos y llenarlos con el estudio de un país tan lejano como El Salvador. En París, metrópoli mundial, se encuentra todo y, quizá, se habla de todo como si se comprendiese todo. Y allí está un buen artículo, bien documentado, para añadir al dossier. . .

Confieso que es así como he procedido para otros artículos que se me pedían. Es muy fácil al economista y al sociólogo situar los acontecimientos políticos y sociales de América Latina en el cuadro frío del análisis científico. Sobre todo cuando se conoce bien aquel continente por haberlo recorrido a lo largo y a lo ancho. Entonces, el hambre, la desocupación, la represión, en una palabra, la explotación inicua de un pueblo, todo parece ordenarse como las piezas de un rompecabezas para dar la explicación: esa situación dramática tiene su fundamento en las estructuras de dominación locales e internacionales.

Pero sucede que, más allá del análisis científico, se siente uno implicado de manera vital en los acontecimientos que trata de explicar. Es lo que he sentido al leer los documentos que se refieren a aquéllos que dieron su vida por la liberación de los campesinos en El Salvador, al interrogar los testigos —hoy en exilio— que han sobrevivido, al familiarizarme con la notable experiencia de las comunidades de base, germen verdadero de una Iglesia popular.

Nace entonces una necesidad irresistible de conocer mejor esos campesinos y esos religiosos asesinados, su generosidad y la de los sacerdotes torturados y exiliados, sus posiciones políticas y teológicas. Uno querría saber qué acontecimientos marcaron su vida y los encaminaron, quizá en la angustia y la duda, hacia el compromiso total con los oprimidos, causa de su martirio. Y llega un momento en

que se siente uno alcanzado y penetrado por su fe y su esperanza en el Reino, por su denuncia profética del pecado inscrito en una sociedad donde —como lo dice la Asamblea de Medellín— la violencia está institucionalizada. Se trataba de escribir un artículo, y se encuentra uno por un camino de conversión. Esos cristianos remotos lo evangelizan. Por más que el análisis económico y político de esos países en crisis no nos permita esperar, nuestra fe y nuestra esperanza en la liberación de los pobres de la América Latina se fortifican. Conocemos las leyes y los mecanismos de las estructuras económicas, sociales e ideológicas de ese mundo marcado por la injusticia, pero este mismo conocimiento pone nuestra fe a prueba: ¿somos capaces de engendrar esperanza allí donde todo parece negarla?

"Un mundo fundado sobre un desorden establecido"

La historia de la República de El Salvador, pequeño Estado de América Central de muy densa población, gira alrededor de la cuestión agraria. A lo largo de toda la duración de la época colonial, hubo dos formas de apropiación de las tierras: los ejidos o comunidades indígenas y las haciendas. Estas se encontraban en las tierras colonizadas por los conquistadores que utilizaban la encomienda para procurarse entre los Indios la fuerza de trabajo.¹

Al momento de la conquista española, el principal cultivo era el del maíz. Pero en vísperas de la independencia y a lo largo de todo el siglo XIX, los plantadores de café se apropiaron las tierras comunales, cuyo estatuto jurídico fue abolido en 1882, cuando el café se había vuelto un producto importante de exportación. En el siglo XX, la agricultura salvadoreña permanece centrada en la exportación. Desde la época del café, está en manos de una omnipotente oligarquía, formada por una treintena de familias que dominan totalmente, todavía en la actualidad, la actividad económica, el Estado y todas las instituciones del país.²

En 1929, al momento de la crisis económica internacional, se elige democráticamente —por excepción— un presidente favorable a algunas reivindicaciones de los campesinos. Un golpe de Estado lo derroca para restablecer el orden de los terratenientes. Cuando, un poco más tarde 40.000 campesinos desesperados se levantan y marchan sobre la capital, el ejército los masacra: los historiadores hablan de 30.000 muertos.³ Los gobiernos que siguen, llegados al poder gracias a la manipulación de las elecciones por la oligarquía, intentan algunos tímidos programas de colonización de tierras para absorber el excedente de una po-

blación campesina flotante y empobrecida. El desempleo es pasmoso: los campesinos sin tierra encuentran tal vez un empleo temporal en las plantaciones de azúcar o de café, y la ciudad, donde el desarrollo industrial es casi inexistente, recibe el exceso de población de los campos. A pesar de la represión, algunos campesinos, los intrusos, logran construir alojamientos provisorios sobre tierras pertenecientes a los hacendados —que en otro tiempo eran suyas— para cultivar, en espera de ser expulsados, un trocito de maíz.⁴

La explosión demográfica agrava la situación: el índice de crecimiento sobrepasa el 3 o/o, y la densidad de población es la más fuerte de América Latina, comparable a la de la India e Italia. En una población principalmente rural y privada de tierra, tal desequilibrio provoca continuos conflictos y tensiones entre campesinos y grandes propietarios, ocupaciones de haciendas, revueltas que repercuten aun sobre los países vecinos.⁵

En los años setenta, resurgen los movimientos de campesinos, de maestros y de estudiantes. Más recientemente, grupos políticos clandestinos han secuestrado y, en dos ocasiones, matado políticos de la oligarquía. Es evidente que los partidos en el poder y aún los partidos de oposición que constituyen la alianza UNO están claramente superados por los acontecimientos, el Coronel Molina, fraudulentamente elegido presidente en 1972, intentó llevar a cabo una reforma agraria tímida que no suscitó más que la oposición brutal de los grandes terratenientes. Una ley llamada de "transformación agraria", promulgada en julio de 1976, preveía una redistribución de tierras en una región algodonera, tratando de dar así una cierta realidad a la fórmula constitucional sobre la "función social de la propiedad privada". Los grandes propietarios y las organizaciones patronales no escatimaron sus ataques al Gobierno y a la Iglesia, sobre todo a los jesuitas de la Universidad Católica, que habían apoyado la reforma. Después de algunos meses, el presidente Molina cedió a las presiones, a las que se había sumado el ejército, y la ley quedó letra muerta.⁶

En febrero de 1977, el general Romero, principal opositor de la reforma agraria y dirigente del grupo de tendencia fascista ORDEN llegó a presidente de la República, a consecuencia de elecciones manifestamente falseadas. Durante muchos días hubo manifestaciones populares en la capital, San Salvador: terminaron trágicamente. El ejército rodeó la plaza principal de la ciudad y dio la orden a los manifestantes de evacuarla inmediatamente, amenazando con abrir el fuego. Algunos manifestantes lograron escapar por la Iglesia del Rosario, pero se estima que la intervención militar cobró varias centenas de muertos. El país fue declarado en estado de sitio.

Fue entonces cuando el Padre Rutilio Grande y dos campesinos de su parroquia de Aguilares fueron asesinados, el 12 de marzo, cuando se preparaban para ir a celebrar la eucaristía en un poblado vecino.

Hasta este día, no han sido identificados los asesinos, pero nadie duda que las organizaciones patronales o los grupos paramilitares de derecha sean los responsables.

"Ser auténticamente cristiano"

Hubiera querido hablar de todos esos campesinos y

de todos esos sacerdotes que algunas autoridades de la Iglesia han reconocido como mártires. Labor imposible dentro de los límites de esta reflexión. Pero, en el estudio del dossier, una figura se impone con fuerza: la de ese Padre Rutilio Grande, abatido cerca del cantón del Paisnal, donde había nacido cuarenta y nueve años antes de una familia de campesinos y pequeños comerciantes. Su padre era uno de los notables del pueblo y mostraba una actitud de independencia frente a los partidos políticos. Sus hermanos, por el contrario, se habían vuelto militantes de la democracia cristiana, uno de los partidos de la coalición de los moderados opuesta al Partido de Conciliación Nacional, detentor del poder por lustros.

En su infancia, Rutilio se benefició de la amistad de Monseñor Chávez, cuarenta años (hasta 1977) arzobispo de San Salvador. El obispo había reconocido en el pequeño Rutilio, entonces en la escuela primaria, cualidades humanas e intelectuales excepcionales y lo había invitado a entrar en el seminario menor dirigido por los jesuitas. Terminados sus estudios secundarios, el joven decidió entrar al noviciado de la Compañía de Jesús. Era más bien tímido, reservado y de salud a veces frágil. Nombrado después de su filosofía profesor en el seminario mayor interdiocesano, anudó muchas relaciones con los que serían más tarde sacerdotes diocesanos. Después, sus superiores lo enviaron a hacer sus estudios de teología a España, en Oña, casa entonces muy austera y de formación estrictamente escolástica, que le probó mal. Después de su ordenación sacerdotal, regresó al seminario mayor de El Salvador como director de estudios y encargado de orientar las actividades pastorales de los seminaristas. Tuvo en esta época sus primeros contactos como sacerdote con los campesinos de la zona azucarera del Paisnal y Aguilares. Como sentía la necesidad de profundizar su trabajo pastoral, fue enviado a Bruselas, al Instituto de Estudios Pastorales Lumen Vitae. Estaba entonces a la búsqueda de sí mismo como cristiano y como sacerdote. Vuelto a El Salvador, tomó de nuevo por algún tiempo su trabajo en el seminario, antes de ir a Ecuador, donde frecuentó el Instituto pastoral del CELAM, y permaneció algunos meses con Monseñor Proaño, obispo de Riobamba. Este obispo, conocido en toda América Latina por sus valientes posiciones en favor de los Indios y por su acción pastoral inspirada en la teología de la liberación asumida por Medellín, tuvo una influencia decisiva sobre la vida interior de Rutilio Grande. Profundamente marcado por su experiencia en Riobamba, Rutilio tuvo una verdadera conversión al servicio de los pobres, de los Indios explotados por los terratenientes, sintiendo que Cristo le habla a través de ellos. En ese momento, y por primera vez, se ve claro el sentido de su sacerdocio y de su ministerio: de vueltas a El Salvador en 1972, deja el seminario y se da totalmente al trabajo pastoral como cura de Aguilares ayudado por un equipo de jesuitas jóvenes.

"Es peligroso ser cristiano en nuestro país"

El P. Grande y sus compañeros de misión, contando con el apoyo de Mons. Chávez, se lanza a esta experiencia de evangelización.⁷

La Parroquia tiene como centro la pequeña ciudad de Aguilares (10.000 habitantes) y los cantones agrícolas vecinos: un total de 33.000 habitantes. La organización pastoral es tradicional: la cofradía de "Adoradores del Santísi-

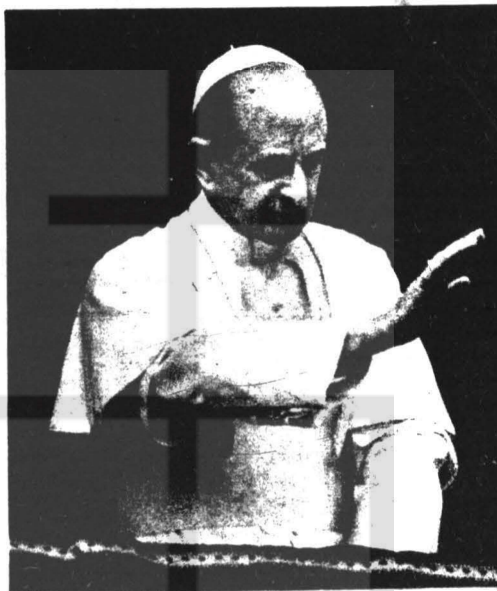
mo Sacramento", por ejemplo, reúne a numerosos campesinos. De golpe, se encuentran delante de una alternativa: o rechazar totalmente esa pastoral ligada sobre todo a los sacramentos y al culto, o purificarla y transformarla gradualmente, evitando así el suprimir o sofocar todo lo que hay de positivo en la "religiosidad popular", tan viva casi en todas partes de América Latina. El equipo opta por la segunda solución. Su objetivo es explícito: prioridad a la evangelización. Por la evangelización se apunta a "recrear una Iglesia compuesta de comunidades vivientes y de hombres nuevos activos en la acción pastoral y conscientes de su vocación humana, capaces de dirigir su propio destino y por consiguiente de cambiar su vida". El equipo, lo vemos, reconoce y acepta las orientaciones del Vaticano II y de Medellín.

Antes de comenzar su ministerio, Rutilio y sus compañeros habían hecho un retiro y, en la reflexión y en la oración, habían comprendido que tendrían que eclipsarse a medida que los laicos y las comunidades de base se fueran volviendo capaces de tomar las responsabilidades. ¿Se necesitaba, pues, dar la prioridad a la formación de responsables? Para el equipo, la evangelización, la formación de las comunidades y su localización, además de la formación de líderes suscitados y aceptados por la comunidad, debían ir a la par.

Pero en la evangelización misma, hacen una "opción fundamental por la mayoría marginada" sobre todo los campesinos. Esto imponía el "resensibilizarse" a la realidad campesina, a la cultura y a la religiosidad que la impregnan. No se quiere que esta religiosidad, canalizada y fijada en formas tradicionales de organización y de culto, sirva para mantener a las gentes en la pasividad; debe ayudar, por el contrario, al campesino a volverse "cocreador de una comunidad dinámica, profética y descentralizada". El equipo se esfuerza, pues, por seguir una marcha "personalizante, dialogal, creadora y crítica", fundada sobre el modelo acción-reflexión-acción, centrada en la solidaridad de los campesinos en el amor, la fe, la esperanza. Los puntos de partida y de inserción de la acción pastoral son las inquietudes religiosas de los campesinos. Pero, como veremos, la dinámica de la evangelización arrastrará más lejos.

El método de evangelización es el de la misión. Una vez promulgada la misión —que durará quince días— se analizan las reacciones de las diversas localidades de la parroquia. Una encuesta permite elegir quince centros misionales. La elección se hace de modo de evitar toda dependencia de los patrones en cuanto al alojamiento, a los sitios de reunión, etc. Cada centro envía a la parroquia una Comisión para hacer un primer inventario de la región, de sus problemas y de sus conflictos. Por su parte, el equipo expone sus exigencias respecto a la práctica sacramental: bautismo, matrimonio, primera comunión. La Comisión recibe la responsabilidad de preparar la misión en su localidad.

Los días se emplean en visitar las familias, tomar contacto con las personas, los grupos, los lugares de actividad social, en hacer la catequesis, por la tarde a los niños, por la noche a los adultos. Se establece una "ficha" de la localidad donde se anotan los diversos aspectos de su vida económica, social, política, cultural y religiosa. Todos estos materiales permitirán al equipo y a sus colaboradores tener una vista global de la realidad local, del modo que los mis-



mos campesinos la perciben, y de entresacar los temas esenciales que se interpretarán merced a una elección concienzuda de textos del Nuevo Testamento.

El culmen de la misión es una asamblea general de la comunidad. Después de una liturgia de reconciliación, se leen los textos evangélicos elegidos por su concordancia con las cuestiones planteadas por la "ficha" de la localidad.

Se lee el mismo texto hasta tres y cuatro veces, por campesinos y campesinas⁸ e iluminado por un comentario. Después se reparten, para reflexionar, en grupos pequeños de ocho a diez personas, cuyas conclusiones son referidas a la asamblea plenaria y condensadas en una síntesis. Los puntos más significativos de esa síntesis, en la que se han esforzado por respetar la manera de expresarse, se retoman, se discuten, se profundizan por la asamblea para extraer las ideas-fuerza que reasumen el trabajo de esos quince días y preparan el tiempo de la postmisión, momento "en que comienza la verdadera misión, su misión".

Paralelamente, se prosigue otra actividad, absolutamente capital para que una comunidad pueda formarse y durar: la designación por la comunidad de sus responsables. Las reuniones dan ocasión de notar y conocer mejor a las personas que se distinguen o en las discusiones, o por sus compromisos; en fin, de localizar a sus líderes. Los criterios de apreciación son la capacidad de expresión, de participación y de iniciativa, la comprensión de su propio medio. El penúltimo día de la misión, se procede a la elección, después de discusión sobre los nombres propuestos, tenida cuenta de la disponibilidad real de cada uno. Los elegidos, que en adelante se llamarán "delegados de la Palabra de Dios al servicio de la comunidad", serán los intermediarios

indispensables entre su propia comunidad y la parroquia o gran comunidad. El último día, cada uno debe aceptar públicamente su elección y, durante la última liturgia de la misión, comprometerse a asumir su responsabilidad en la Iglesia.

Estos "delegados de la Palabra" son los colaboradores indispensables del equipo pastoral: después de la misión, son ellos los que continúan la evangelización. Pero, con el tiempo, la necesidad de nuevos intermediarios se hará sentir: ya que ha sido preciso reagrupar en "zonas" un cierto número de comunidades, se establece en cada zona un **preparador**. Todos los preparadores se reúnen cada quince días con el equipo parroquial para preparar la celebración de la Palabra, y transmiten a los delegados de la zona las directivas pastorales. Así se crea poco a poco un proceso de constante evaluación y de retorno a la base. Esto permite también mejorar la "ficha" establecida al tiempo de la misión. Finalmente, especialistas en ciencias sociales o en teología acompañan al equipo parroquial y a las comunidades de base en su esfuerzo de evangelización.

Pero, igualmente, con el tiempo, el trabajo de evangelización va a adquirir una dimensión política. En efecto, las comunidades de Aguilares se verán confrontadas a conflictos sociales: deberán tomar posición ante los acontecimientos, como masacres de campesinos; serán conducidos a bordear los movimientos sindicales, aun los grupos políticos clandestinos. El equipo parroquial reflexiona sobre estas cuestiones cruciales. Dada la importancia de la dimensión religiosa en el alma popular, los valores profundamente cristianos de los campesinos y las posibilidades prácticas de una pastoral sólo religiosa, había optado primero por "la vía religiosa" de la evangelización. Pero poco a poco, son llevados a considerar que la evangelización es verdadera en la medida en que alcanza a todo el hombre, es decir a los campesinos sin tierra, ni trabajo, los obreros agrícolas explotados por los grandes propietarios y sometidos a la represión policíaca. Concluyen que "la vía religiosa" no es opuesta a "la secular"; que la evangelización que anuncia el Reino ya presente, que se vuelve presente por una evangelización liberadora, desemboca inevitablemente en lo político. So pena de no ser más que una droga, debe rechazar el dualismo religioso-secular. Pero el equipo estima que sería desfigurar a Cristo tanto el disfrazarlo de guerrillero como el confinarlo a la sacristía.

Tal vez al hacer su opción fundamental, Rutilio y su equipo no tenían conciencia de los riesgos personales y comunitarios que implicaría, y menos todavía, sin duda, sus superiores y la Iglesia de El Salvador. Esta conciencia, sin embargo, se forma poco a poco y el compromiso inicial se robustece, de una parte y de otra, a pesar de la persecución de que serán objeto. Así la Iglesia de El Salvador, al menos una parte de los obispos, sacerdotes, religiosos y comunidades de base, han sufrido la violencia a causa de un compromiso cristiano auténtico.

La proclamación del Evangelio es subversiva

Muchos sucesos han marcado la experiencia de Aguilares. La huelga de los obreros de caña de azúcar no deja indiferentes ni al equipo evangelizador, ni a los campesinos de las comunidades de base. Rutilio, sus compañeros de equipo

y las comunidades han sido inmunizadas en estos años contra los partidos políticos tradicionales, cuya oposición al gobierno del general Molina, era, desde el punto de vista de los campesinos, totalmente insuficiente. Los cristianos de las comunidades van comprendiendo, a partir de su experiencia de evangelización, la necesidad de unirse para resolver sus problemas, siguiendo la misma evolución. Prefieren, pues, integrarse a una organización sindical campesina, FECCAS, creada algunos años antes bajo la inspiración de la Iglesia.

Los colaboradores y "preparadores" de las comunidades —de los que formaban parte unos estudiantes jesuitas que residían en Aguilares, cerca de la Parroquia— ayudarán a reanimar esta organización. En 1974, año en que la inflación agravaba la crisis económica que tocaba duramente a los campesinos y obreros, se constituye un frente sobre el plan nacional. Es el FAPU, en el cual participa FECCAS, al lado de los estudiantes y los maestros. Los campesinos participan activamente en la toma de la Catedral, durante el verano de 1975, después de una intervención militar contra los estudiantes que se manifestaron y que produjo 30 víctimas. Terminada esta acción, se forma otro frente, más amplio, el Bloque Popular Revolucionario, que reúne a los campesinos, sindicatos urbanos y también a los estudiantes y maestros, y al cual se une FECCAS. La tensión entre campesinos y propietarios terratenientes aumenta. Estos últimos tenían sus organizaciones tradicionales extremadamente activas,⁹ a las que se añaden otros grupos como ORDEN, de orientación populista y neo-fascista, resueltos a no ceder en nada los privilegios de la oligarquía.

En esta atmósfera de crisis, una tensión se manifiesta entre los jesuitas de Aguilares, entre el equipo del P. Grande y los estudiantes jesuitas que colaboran con los preparadores y los delegados. Las divergencias no eran de orden teológico: todos estaban adheridos en las orientaciones de Medellín y se situaban, con sus variantes, en la corriente de la teología de la liberación. Ellas tampoco eran solamente de orden político: todos tenían conciencia de que era necesario transformar las estructuras injustas de la sociedad salvadoreña y de que los pobres organizados debían ser ellos mismos los agentes principales de la transformación. Las oposiciones partían sobre todo del ritmo a seguir en el trabajo pastoral y en la forma de compromiso de los campesinos con los movimientos sindicales y políticos.

Rutilio, jefe del equipo, que había adquirido una notoriedad nacional, resentía más profundamente estas divisiones. Había quizás en él una cierta desconfianza del marxismo utilizado, al menos implícitamente, por los militantes de FECCAS para analizar la realidad campesina y nacional. Pero sus reticencias concernían sobre todo a los ritmos, demasiado rápidos bajo su punto de vista, infundidos en el trabajo pastoral. Creía que la prisa por lanzarse a una acción de carácter nacional, no correspondía de hecho al grado de maduración cristiana y política de los dirigentes campesinos. Si se iba demasiado rápido los dirigentes lanzados prematuramente sobre la escena nacional, se quemarían y serían incapaces, a largo plazo, de sostener un proyecto revolucionario en el cual los cristianos deberían ciertamente colaborar. Y las comunidades de base, todavía jóvenes, sufrirían con esto.



Insistía, pues, en un principio que llevaba en el corazón: a pesar de las implicaciones políticas inevitables, y que aceptaba, era necesario evitar constantemente que la parroquia y las comunidades de base fuesen identificadas a un movimiento político. Se encontraba aquí con la vieja pregunta de las relaciones entre fe y política, que en América Latina, se impone con una singular urgencia a los cristianos comprometidos con la base.

Las discusiones fraternas entre Rutilio y sus jóvenes compañeros jesuitas, más llevados a dar una cierta prioridad al movimiento campesino sobre la pastoral parroquial seguirán durante meses. Ni el uno ni los otros aminorarán su acción o disminuirán su compromiso con los campesinos. La promulgación de la "ley de transformación agraria" en junio de 1976, lanzó la discusión en el interior de la Iglesia, mientras que el Bloque Popular, en el cual participaba FECCAS y otro movimiento campesino regional UTC, rechazaban la ley a causa de sus insuficiencias. Pero, nosotros hemos visto, el Gobierno, en octubre, cedía ante las presiones de las organizaciones patronales. La reforma agraria se paraliza. Los profesores de la Universidad Centroamericana dirigida por los jesuitas, que habían dado su apoyo a la ley, reaccionan vivamente en su revista ECA.¹⁰

Las organizaciones patronales aprovechan para desencadenar una campaña feroz contra los jesuitas y Mons. Chávez, el anciano arzobispo de San Salvador. Ninguna distinción, evidentemente, se hacía entre el trabajo pastoral de Rutilio y su equipo de Aguilares, y la acción de los otros jesuitas y sacerdotes diocesanos más comprometidos con el movimiento campesino. El 5 de diciembre, con la ocasión de la ordenación de un estudiante, los jesuitas de toda América Central se reúnen en la Parroquia de Aguilares. No lejos de allí, hacia el mediodía, el hacendado Orellana, amenazando con un arma de fuego a los campesinos en conflicto con él, según una versión verosímil, mata accidentalmente a su hermano. Los patronos censuran a los campesinos y

a los curas comunistas que predicán la violencia. Se apunta, sobre todo, a Rutilio cura de la región. Las organizaciones patronales —ANEP y FARO— inundan los periódicos de campos pagados, y los grupos paramilitares, como la "Unión Guerrera Blanca" hacen su aparición. Sus blancos son los jesuitas, los sacerdotes diocesanos, "desviados de la verdadera religión católica" y, finalmente, la Iglesia entera. Muchos sacerdotes son torturados, encarcelados y exiliados. El 12 de marzo, Rutilio y dos campesinos caen en una emboscada y mueren acribillados por las balas, por pistoleros, probablemente a sueldo de la hacienda de los hermanos Orellana.

En su última homilía, pronunciada un mes antes en Apopa, en solidaridad con el cura del lugar expulsado de El Salvador, Rutilio había dicho:

"Mucho me temo, hermanos, que si Jesús de Nazaret volviera, como en aquel tiempo, bajando de Galilea a Judea, es decir desde Chalatenango a San Salvador ... no lo dejarían pasar. Allí por Apopa lo detendrían. ... Se lo llevarían a muchas Juntas Supremas, por inconstitucional y subversivo. El hombre-Dios, el prototipo de hombre, lo acusarían de revoltoso, de judío extranjero, de enredador con ideas exóticas y extrañas, contrarias a la Democracia, es decir, contrarias a la minoría. Ideas contrarias a Dios, porque es un clan de caínes. Sin duda, hermanos, lo volverían a crucificar. ¡Y ojalá, que me libre Dios a mí, que también estaría en la colada de crucificadores!".

Así murió Rutilio, algunas veces confrontando contradicciones en el interior de la misma Iglesia, con vacilaciones y, sin duda, angustias, pero él se sentía sin embargo empujado más allá de sí mismo, algunas veces contra su propio juicio, por algo mucho más grande que él mismo. Su compromiso total por las comunidades y los movimientos campesinos en lucha por la justicia era el que así anunciaba en la tierra salvadoreña la llegada próxima del Reino.

La noticia de la muerte de Rutilio y de los dos campesinos corrió como un reguero de pólvora en la región y en todo el país. Los cadáveres son transportados a la Parroquia. Miles de campesinos descienden hacia la Iglesia. A medianoche, una misa de Réquiem es celebrada en presencia de numerosos jesuitas y sacerdotes diocesanos venidos de todas partes y de una muchedumbre inmensa, profundamente emocionada.

El nuevo Arzobispo, Mons. Romero, recientemente nombrado, y su auxiliar, Mons. Rivera Damas, reaccionan. El Arzobispo anuncia por la radio y por circulares que los funerales solemnes serán celebrados dos días más tarde en Catedral, los sacerdotes y fieles son convocados allí. Durante dos días, a la hora de los funerales, todas las Iglesias deben sonar la campana durante una hora, y es decretado un duelo oficial de tres días. Las escuelas católicas deciden también cerrar durante tres días, en señal de duelo. El Arzobispo declara: "La verdadera causa del crimen es la intensa labor pastoral de tipo concientizador y profético ejercido por el P. Grande. . . (Esta) pastoral postconciliar no es agradable para todo el mundo, porque ella despierta las conciencias. . . Para terminar con ella, era necesario matar a su promotor". Los despojos mortales de Rutilio reposan en su pueblo natal de El Paisnal.

Algunos días más tarde, Mons. Romero y el Provincial de los Jesuitas, el P. César Jerez, van a Roma a presentar un dossier al Papa, que había expresado ya públicamente su dolor. El P. Arrupe, general de la Compañía de Jesús, había hecho también una declaración en la que hablaba del P. Rutilio como de un mártir.

Sin embargo, la persecución contra la Iglesia se agrava. La campaña de difamación en los periódicos y en la radio no cesa. Se vuelve a los métodos utilizados en el año precedente para detener la reforma agraria. Numerosos comunicados son publicados en la prensa local, no solamente por organizaciones patronales, sino también por organizaciones fantasmas y editorialistas cuyos nombres son claramente ficticios. Esta campaña está, como lo afirma el episcopado, perfectamente coordinada con la acción del Gobierno y desvela una estrategia de persecución a la Iglesia ya probada en los países de América del Sur.¹¹

Unos sacerdotes salvadoreños y misioneros extranjeros son hechos prisioneros y expulsados: según las estadísticas del Arzobispado, entre febrero y mayo de 1977, 18 sacerdotes son expulsados u obligados a salir del país, otros son encarcelados y maltratados. Explotan bombas en la Universidad Católica, en la imprenta católica. . . la represión se prosigue, en las campañas contra los campesinos, muchos de los cuales son matados —oficialmente 21— y otros dados por desaparecidos. Hay algunos enfrentamientos entre las fuerzas policiales y los estudiantes.

El 10 de mayo, el antiguo Ministro de Relaciones Exteriores, Borgonovo, secuestrado por un grupo clandestino que pide la liberación de algunos prisioneros políticos, es asesinado cuando el Gobierno rechaza estas exigencias. Algunos días más tarde, un sacerdote diocesano, Alfonso Navarro, cura en un barrio popular, es asesinado en represalia por tres desconocidos.

El 19 de mayo la ciudad de Aguilares es cercada por

las fuerzas armadas. Las casas de los campesinos son registradas y a los que encuentran en posesión de la foto de Rutilio o del semanario católico Orientación, son castigados brutalmente. El Convento es devastado por los soldados, y los tres sacerdotes jesuitas del equipo son arrestados. Una semana más tarde, serán expulsados del país, y el Convento es convertido en cuartel. El informe oficial de esta operación es de 7 muertos. La Parroquia no es devuelta al Provincial de los jesuitas más que un mes más tarde, después de una gestión del presidente Romero (elegido, pero todavía no en funciones).

El 21 de junio, la Unión Guerrera Blanca publica un comunicado. Todos los jesuitas deberán dejar el país en un plazo de 30 días, bajo pena de ser inmediata y sistemáticamente ejecutados: "Nosotros no luchamos contra la Iglesia, sino contra los guerrilleros jesuitas. . ." Estas amenazas provocan una inmensa ola de solidaridad. El primero de julio, Mons. Romero rehusa, hecho sin precedente, asistir a la ceremonia de Toma de Posesión de su homónimo, el general Romero. El Episcopado declara sin fundamento las acusaciones llevadas contra los jesuitas, que son también apoyados por Roma y las Iglesias protestantes. Los jesuitas dan al país un testimonio por vía de la prensa¹² y deciden quedarse asumiendo todos los riesgos. La fecha fatídica del 21 de julio llega sin que hayan cambiado de sitio una pulgada y sin que las amenazas de muerte sean puestas en ejecución.

El presidente Romero, ahora en el poder, se encuentra en efecto enfrentando a una opinión pública internacional que condena la persecución religiosa.

La administración Carter, en particular, intensifica su política de los derechos humanos y, en el Congreso norteamericano, el representante Frazer guía una encuesta pública.¹³ Romero, quien durante su campaña electoral, había prometido la expulsión de los jesuitas, debe ahora echar marcha atrás.

Después de estos sucesos, la estrategia del Presidente tiene dos objetivos: en el exterior, recobrar el apoyo de los Estados Unidos, dando la impresión de que respeta los derechos humanos y buscando restablecer el diálogo con la Iglesia;¹⁴ en el interior, reforzar el apoyo a su política reorganizando el Partido de Conciliación Nacional, aumentando el sueldo de los funcionarios, etc. La represión continúa sin embargo y una ley sobre "la defensa de la democracia y del orden" inspirada por la doctrina de la "Seguridad Nacional" ha sido promulgada en noviembre de 1977. Más que a los sacerdotes, se ha detenido a los delegados de la Palabra, a los catequistas y sobre todo a los campesinos pertenecientes a una organización; ha habido ya muchas violaciones y asesinatos. Por su lado, el Bloque Popular Revolucionario no cesa su actividad (la acción de los movimientos políticos clandestinos es también perceptible), y tampoco los propietarios cesan su campaña de prensa, a fin de que el Gobierno endurezca su posición contra los campesinos, los movimientos políticos y, evidentemente, la Iglesia, que en buena parte es solidaria con los pobres.

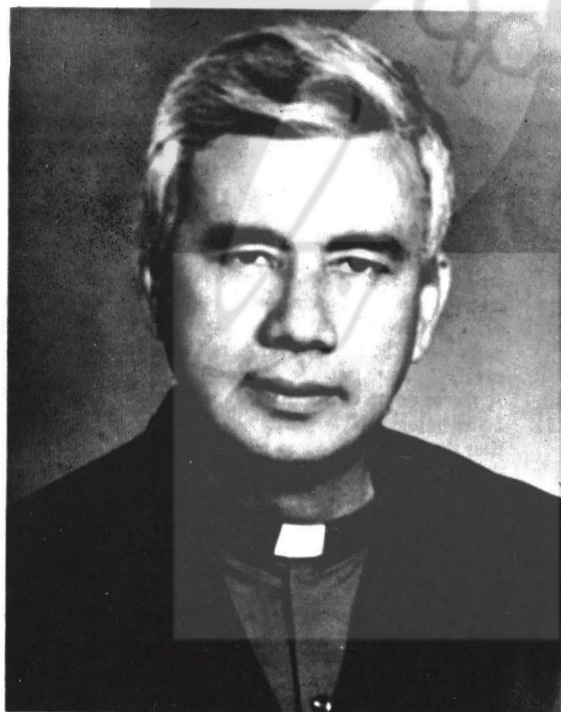
Los pobres nos evangelizan

El lector que nos haya seguido hasta aquí podrá tener impresiones contradictorias. Podrá sentirse descorazonado por la violencia y la injusticia que domina América Lati-

na y que describe este artículo. A pesar de su simpatía por estos campesinos oprimidos, por estos cristianos perseguidos porque están al lado de los pobres, pensará quizás que su propia vida es ya bastante complicada por la dureza del trabajo cotidiano, de las fuentes materiales y personales, en un tiempo de crisis económica, de incertidumbre y de confusión políticas. ¿No estamos ya agotados? ¿No hay aquí también injusticias contra las cuales es necesario batirse? Cargar con el sufrimiento aparentemente sin salida de estos campesinos lejanos, cuando hay ya tanto que hacer entre nosotros, puede parecer por encima de las fuerzas humanas.

Por el contrario, puede suceder que, lejos de agobiar-nos, la historia de los mártires de El Salvador nos reanime el corazón y nos reconforte, pues nos dice una cosa esencial sobre la solidaridad, la fe, la esperanza, que, quizás habíamos olvidado; nos hace redescubrir lo que es, lo que podría ser una Iglesia verdaderamente evangélica y popular. El entusiasmo, el frescor evangélico de estos cristianos, campesinos, sacerdotes, obispos, que, aunque aplastados por una sociedad injusta, se han vuelto hacia un porvenir mejor y son capaces del acto supremo de generosidad, he aquí un signo de que el Reino está entre nosotros, que se construye, que nuestra fe, muy a menudo defista, ha venido a ser cristiana.

Pero, no nos equivoquemos. Hay ciertamente, en nuestro relato, algunos puntos que pueden sonar a cristia-



R. P. RUTILIO GRANDE GARCIA, S.J. Mártir de la evangelización rural. Asesinado el 12 de marzo de 1977 Aguilares, El Salvador, C. A.

nismo primitivo: la celebración de la misión, los funerales de Rutilio, del cual la Populi proclama la santidad, sus homilias que anuncian sin tregua las Bienaventuranzas pero no vacilan más que el Evangelio a maldecir "los clanes de Caín". Por tanto, lo que vive y aprueba la Iglesia de El Salvador no es un retorno a las catacumbas.

Estos sacerdotes son hombres de nuestro tiempo. Formados muchas veces, como Rutilio, en Centros Internacionales, apoyados por especialistas en ciencias sociales y en teologías, que han estudiado en las mejores Universidades occidentales, y están perfectamente informados de lo que pasa en su país, en América Latina, en el mundo y son capaces de comprenderlo. No es un romanticismo ingenuo lo que les hace inclinarse hacia los pobres. Su "locura del Evangelio" no implica la ignorancia de las estructuras económicas, sociales y políticas que oprimen a su pueblo. Pero si esto es totalmente lúcido, si se es totalmente consciente de los riesgos en que se comprometen concretamente con los desheredados en luchar por su liberación, su opción está muy lejos de ser solamente intelectual. Su fidelidad al Señor y a los pobres, sus preferidos, hace expandirse su fe, su oración, su vocación sacerdotal, sometiendo a nuevas exigencias. Rutilio se ha visto poco a poco conducido y llevado por la fe y la esperanza de las comunidades, a asumir las posiciones proféticas, en hechos políticos, que le han costado la vida.

Por esto, nos muestra que son los pobres quienes nos evangelizan: desinstalándonos, haciéndonos franquear el pasaje estrecho de nuestros cálculos mezquinos, de nuestros miedos, nuestros egoísmos, ellos nos convierten, no son solamente los destinatarios del Evangelio, son también los portadores y los heraldos. Muestra al mismo tiempo que la evangelización implica necesariamente convocación a una asamblea eclesial. Es esta Iglesia del pueblo, de los simples, que está naciendo en El Salvador, y un poco por todas partes en América Latina.

Evitemos sin embargo un malentendido. Esta Iglesia en germen, profética y popular, no deja de encontrar oposiciones en el interior mismo de la Iglesia. Que haya tensiones en el seno de la Iglesia salvadoreña no es ningún misterio: en el último sínodo, una intervención de Mons. Revelo ha provocado una refutación pública del Arzobispo de San Salvador.¹⁵ Estas divergencias, se encuentran en toda la Iglesia latinoamericana. Ellas estarán presentes en Puebla, en México, en octubre próximo, en la 3a. Asamblea General del CELAM.

La 2a. Asamblea, en 1968, la de Medellín, tuvo una gran repercusión en todo el Continente. Se trataba no tanto, contrariamente a lo que a menudo se dice, de adaptar el Vaticano II a estas regiones, cuanto de reflexionar sobre el Vaticano II a partir de la realidad latinoamericana. Una simple "adaptación" no interesa apenas a los obispos reunidos en Medellín, sensibles al subdesarrollo, a la dependencia, neocolonialista, a la "violencia institucional", ni a las comunidades de base, ya en extensión y de las que muchos obispos se sentían los portavoces.

Medellín condena con fuerza, como pecado colectivo, una situación de pauperización creciente, mantenida por los regímenes políticos que van hasta emplear las armas pa-

ra impedir todo cambio en las estructuras. Cuando hoy una Iglesia como la de El Salvador anuncia a los campesinos, evangelizándoles, que tienen el derecho de asociarse y les ayuda a hacerlo, ella es fiel a Medellín, que "favorece todos los esfuerzos del pueblo para crear y desarrollar sus propias organizaciones de base".¹⁶ Y si porque ella denuncia el pecado social que "implica una inmensa negación de la fraternidad, un rechazo sin piedad de la solidaridad" la persecución cae sobre ella, se abre entonces para la Iglesia entera "un tiempo de gracia, un verdadero momento de conversión".¹⁷ Entonces los cristianos reciben una inteligencia nueva para comprender que, cuando el sistema social es estructuralmente injusto y rechaza a los pobres, es a Cristo mismo al que rechaza. Esta persecución que viene a menudo después de Medellín, es al menos, particularmente, la consecuencia de las posiciones tomadas por los obispos. ¿Hasta qué punto fueron ellos conscientes de los riesgos del Evangelio?

Cualquiera que sea, las reacciones de las Iglesias perseguidas son bastante parecidas a las que se cree poder presentar entre los lectores. Con esta diferencia que se trata en ellas de una realidad vivida en sociedades en convulsión, llenas de amenazas y de peligros bien reales.

Una primera actitud es de abrumamiento ante una situación sin salida, sentir miedo ante una represión que podría poner en peligro la existencia misma de la Iglesia o, al menos, disminuir su influencia hasta ahora considerable en la mayor parte de los países. Muchos, en las Iglesias, por este hecho, se han replegado, consciente o inconscientemente, sobre la institución. Tratan de situarse por encima de la polémica, insistiendo en el carácter apolítico de la Iglesia, condenando de palabra los extremismos de la derecha —las violaciones de los derechos humanos por los regímenes imbuidos por la ideología de la Seguridad Nacional— y sobre todo a los de la izquierda. De ahí a combatir a los cristianos "infectados por el comunismo" y a una teología de la liberación que será, por referencia a la de Medellín, "falsifi-

cada", no hay más que un paso. La prioridad dada a la unidad de la Iglesia, necesaria para hacer cara al enemigo exterior, conduce a eliminar a los que, desde el interior, dividen a la Iglesia.

De hecho, las tensiones que existen en el seno de la Iglesia latinoamericana no son las que oponen jerarquía y laicos. Vienen, al contrario, del hecho de que en Medellín, tomando posición contra los opresores y por los pobres, la Iglesia ha introducido en ella misma las divisiones de la sociedad. Hay obispos, sacerdotes, comunidades, diócesis enteras que se sitúan en el movimiento de la Iglesia de los pobres, que, de alguna manera, no reniegan de la Iglesia, pero quisieran que ella se convirtiera a los pobres. Por otro lado, algunos obispos, sacerdotes, cristianos, no reconocen estas divisiones que vienen de la sociedad. Ellos quisieran preservar la Iglesia y, por esto, la quieren más fuerte: que ella predique el Evangelio apoyándose sobre sus estructuras institucionales, jerárquicas, replegada sobre ella misma, sobre todo en este tiempo de crisis.

Esta Iglesia que se ha llamado popular, se bate poco a poco al ritmo de los campesinos, de los habitantes de los suburbios y de los obreros, en los que se despierta la conciencia de sus derechos y quienes luchan a pesar de la opresión. Según los Obispos de El Salvador un "tiempo de gracia" viene a las Iglesias perseguidas que se convierten al Señor: ellas marchan en el seguimiento de Cristo porque los pobres son evangelizados y la sangre de los mártires les comunica la fuerza del Evangelio.

Al término de estas páginas, se percibe que el miedo puede vencerse. El escepticismo, lúcido y científico, que engendra el análisis y que nos muestra una situación bloqueada, puede ser remontado. Esto es lo que nos enseñan estos hombres y estas mujeres sobre los que se encarniza la represión, estos campesinos analfabetos de El Salvador.

Gonzalo Arroyo

NOTAS:

1. Ver la obra básica: David Broening, *El Salvador, Landscape and Society*, Oxford University Press, Londres, 1971.
2. Ver Eduardo Colindres, *Fundamentos económicos de la burguesía salvadoreña*, San Salvador 1977.
3. Otros hablan de 17.000 muertos: A. Torres, *Land and Settlement*, University of El Salvador, Institute of Economic Studies, 1961.
4. D. Browning, op. cit., p. 423. Hoy, los campesinos piden más bien a los hacendados el alquiler de pequeños trozos de tierra en las partes menos fértiles de la propiedad.
5. Recordemos la pretendida "guerra del fútbol" que opuso El Salvador a Honduras en 1969 y detuvo la emigración salvadoreña hacia aquel país.
6. Ver el número especial sobre la "Transformación Agraria" de la Revista ECA, sept-oct. 1976.
7. Estos comentarios se inspiran en el informe: S. Carranza, *Una experiencia de evangelización rural parroquial*, ECA oct.-nov. 1977. Las citas provienen de allí.

8. De los cuales la inmensa mayoría es analfabeta.
9. Entre estas la Asociación Nacional de la Empresa Privada, ANEP; Asociación de Ganaderos de El Salvador, AGES; Federación Agraria de Oriente, FARO, etc.
10. A través de un editorial: "A sus órdenes, mi capital".
11. La estrategia de la persecución por el gobierno militar de Bolivia asociado a la CIA está explícitamente descrita en un libro publicado por el Secretario Social interdiocesano: *Persecución de la Iglesia en El Salvador*, San Salvador 1977, p. 350. Sobre este tema, véase también mi artículo aparecido en *Etudes*, Ag-Sep. 1975, p. 163: "Repression de l'Eglise latinoamericaine. Les purges a main armee et la C.I.A.".
12. Los jesuitas ante el pueblo salvadoreño, San Salvador, Junio de 1977, publicado en los periódicos locales y reproducidos en muchas revistas latinoamericanas.
13. *Religious Persecution in El Salvador, Hearings before the Subcommittee on International Organizations*, House of Representatives, July 21 and 29, 1977, US Government Printing Office, Washington, 85 p.
14. Las relaciones con los Estados Unidos parecen haber-

se mejorado en el encuentro del presidente Romero con el Señor Carter, después de la firma, en Washington, del tratado sobre la zona del canal de Panamá. La "Comisión de los Derechos Humanos", de la O.E.A. ha podido visitar El Salvador.

15. Mons. Revelo declaró, fuera de contexto, que algunos sacerdotes tenían tendencia a trabajar con los

marxistas. Recientemente ha sido nombrado obispo auxiliar de Mons. Romero en San Salvador.

16. Medellín, Paz 27.
17. Sobre la conclusión de los obispos salvadoreños, véase "Persecución de la Iglesia en El Salvador, op. cit., p. 8.

